

## La náyade

Habría dado todo el dinero de mi beca de un año por haberla visto en el agua con mis propios ojos, no solo con las imágenes de las cámaras que vigilan la playa. Cómo llegó nadando sobre las suaves olas, se puso de pie, caminó unos metros dentro el agua y se detuvo. Eso no lo grabaron las cámaras; no lo vio nadie. Cuando la enfocó un ojo electrónico, y después otro, ya estaba ahí. Estaba ahí de pie. Si hubieran sido más fuertes las olas esa mañana, no habría aguantado en el lugar, pero el movimiento de la solución salada de lo que en francés llaman La Manche (La Manga) y en inglés The English Channel (El Canal Inglés) era tan vago tras la tormenta, que se mantuvo en pie sin moverse durante veintidós minutos antes de que un trabajador del servicio de vigilancia se fijara en ella. Entretanto, seguramente, estaría dormido. Envió a un guardia. Cuando el hombre uniformado le habló, ella lo miró estupefacta. No dijo ni una palabra. Parecía un poco como si fuera extranjera.

Más tarde, escribiendo allí el reportaje, Trevor me preguntó si sabía cómo llamaban al canal en bretón. Yo no lo sabía y él dijo: Mor Breizh. Se me quedó en la cabeza porque a alguien como yo, un nombre así le recuerda inevitablemente a las palabras checas *moře* (mar) y *břeh* (orilla). Dos palabras relacionadas entre sí, pero que en ningún caso pueden significar ambas cosas. O la una o la otra. Y, sin embargo: el mar Orilla. Como si a un puente le pusieras de nombre Río o a un río, Puente.

La doctora Fitzwilliam confirmó después que nadie podía aguantar tanto tiempo en el agua fría, lo que precisamente era para ella una prueba de peso de que la chica no estaba fingiendo su estado trastornado. Cómo había llegado hasta ahí era algo que Beryl Fitzwilliam no investigaba y que no le interesaba. Solo aportaba su observación de que una persona que no está entrenada para ello difícilmente puede nadar en el mar más de dos kilómetros. Objeté que el mar había estado inusualmente tranquilo

después de la tormenta. Por si no se había percatado, toda la primavera había sido insólitamente calurosa y el inicio del verano, casi tropical; quizá por eso el estrecho entre Inglaterra y Francia se comportaba de forma tan impredecible.

Movió la cabeza, con sus pensamientos en otra parte.

—Puede que quisiera llegar nadando a Inglaterra, pero no encontró aquí la Inglaterra que conocía. Y perdió el habla. Esas cosas pasan.

Me cuestioné si la doctora Fitzwilliam, como psiquiatra de la policía, resultaba de alguna ayuda.

—Pero ¿de dónde iba a venir nadando? —siguió cavilando en voz alta—. ¿Desde Francia? Ustedes no pueden creer eso.

Al igual que todos los demás, yo tampoco sabía qué pensar. Nadie había visto a Cora en mar abierto. La vieron en la costa, en la frontera entre el mar y la orilla. Presumieron que llegó nadando. Y, como llegó exhausta, tenía que haber sido desde una gran distancia.

Si no fuera porque trabajaba en un diario del lugar, mi camino nunca se habría cruzado con el de ella. Pero estaba haciendo unas prácticas en el *Eastbourne Standard*, el amable y ligeramente sensacionalista periódico local de una ciudad costera sin particular importancia. Era un programa de intercambio para ciudadanos de la Unión Europea.

Nuestro diario se basaba en que tenía una «edición vespertina», lo que era de entrada un sinsentido por dos razones: la «vispera» comenzaba en la redacción ya a las dos de la tarde, pero, además, a pesar de que teníamos que respetar los tiempos para que en la edición de la tarde hubiera algo nuevo a cualquier precio, nadie en la redacción esperaba más allá del mediodía para terminar sus artículos «vespertinos». A la hora de la comida es cuando más noticias se consumen en Internet. Así que las noticias de la noche salían a las doce.

Todo corre prisa, todo debe estar enseguida. Pero esa chica esperó a que repararan en ella. A que se dieran cuenta de que estaba allí en el agua, de pie, esperando. O no estaba esperando y sencillamente no sabía qué hacer.

Las fotografías que el *Standard* puso en Internet eran de diversa calidad. Pero una estaba bastante bien. Era más nítida y mucho mejor que la primera de todas, sacada algo antes por un hombre que estaba haciendo fotos a sus hijos mientras construían un castillo de arena en el límite entre la playa y el mar (más cerca de la ciudad, la playa ya era de guijarros). La desconocida estaba de pie a unos metros por detrás de ellos y el agua le llegaba a la cintura, puede que un poco por encima. Tenía que haber llegado nadando justo en ese momento, el pelo mustio aún le cubría los ojos. Estaba justo sacando los brazos borrosos del mar; daba la impresión de que por ellos le cayera el agua. Parecía un espectro naufragado, era como si no pudiera ser verdad que estuviera detrás de esos niños. Ya entonces había una tensión antinatural en su postura. Me daba la sensación de que buscaba el fondo con los pies, pero que este se erosionaba y se le desmoronaba debajo de ellos.

Íbamos sentados juntos en el taxi. Trevor me sacó de la redacción para que fuera con él; no me iba a arrepentir. Pero él tiene un poco la culpa de todo. De mi nuevo destino. De su inicio. Es que es así. Aunque a él ya no volveré a verlo.

Era precisamente Trevor quien tenía a su cargo en el *Standard* a los becarios, a quienes todo el mundo ignora y nadie necesita, especialmente ahora que las noticias se hacen online. Pero allí estaba yo, en el periódico local de un pueblo como Eastbourne en el sur de Inglaterra. Igual que yo estaría mi homólogo inglés de intercambio, a quien nunca llegué a conocer. Solo sabía de él que estaba haciendo sus prácticas recíprocas en un periodicucho regional llamado *Karlovarský deník*.

—Tenemos una *scoop*. —Trevor se frotó las manos, pero yo no estaba seguro de si lo decía irónicamente o en serio. Su ironía normalmente colindaba con el cinismo y la mayor parte de las veces era reconocible. Pero no entonces.

Con la palabra *scoop* se refería a la noticia del día o, más bien, a la noticia de la semana o incluso del mes, si no era directamente la de toda la temporada, ya que en Eastbourne el periódico se tiene que contentar por regla general con los coches, los que han

sido robados y los que se han accidentado. Un asesinato sucede una vez cada cinco años y yo estaba en el *Standard* justo en el intervalo entre asesinatos: tres años antes había desaparecido de su mansión una rica heredera de mediana edad; después se demostró que la había matado su amante diez años menor, que también estaba forrado, porque trabajaba de controlador aéreo en el aeropuerto de Stanwick. Pero a uno nunca le basta con su sueldo.

Me alegraba de estar en el periodo entre asesinatos, porque así no me tocaría ningún crimen capital, como les decían allí, a pesar de que mis artículos para el *Eastbourne Standard* debían tratar, sobre todo, de actos criminales. Así pues, antes de que Trevor me metiera en el taxi, mi último reportaje había sido sobre una glorieta en un parque público en el que todos los domingos tocaba un grupo de música de viento, pero a la que ese miércoles, en la calurosa noche del doce al trece de junio, alguien había destrozado de tal forma que debió ser retirada del parque.

En general, se pensaba que el verano prematuro, que abrasaba en vano la playa vacía de gente y calentaba el mar a una temperatura digna de la Costa Azul, tenía la culpa de todas las infracciones y delitos menores que habían afligido a ese rincón del sur de Inglaterra durante mis prácticas. Sin embargo, ¿que una loca primavera tardía despertara antojos asesinos? Eso no podía ser, si estábamos hablando de Inglaterra.

Trevor no me llevó con él al reportaje con los policías porque se olierá de verdad un buen caso, ni mucho menos una *scoop*, pero necesitaba escribirlo en mi informe de trabajo. Por el buen fin de mis prácticas el *Standard* recibía un complemento de subvenciones europeas.

La vi con mis propios ojos en la celda de la policía. Estaba allí porque nadie sabía quién era; al fin y al cabo, podía ser de cualquier sitio. Además, decían que no hacía otra cosa que mirar al frente, no hablaba y no se movía; que algún suceso en mar abierto la había hecho perder la cabeza. Pero eso no era verdad. El agente nos informó que se había querido marchar tres veces durante la mañana. Se levantaba y, vestida solo con el bañador,

que ya se le había secado encima, se dirigía hacia la calle como si nada. Eastbourne no era una ciudad particularmente puritana, al contrario, y la comunidad musulmana era insignificante, pero era mejor mantenerla encerrada, más bien para que no la atropellara ningún coche.

La llevaron allí desde la playa a las diez y media. Sabría Dios cuánto tiempo había estado en el agua. En esa pose, paralizada, desde las nueve y cuarto. Cuando poco antes de las dos de la tarde sacamos la noticia de la «sirena» encontrada, para la edición vespertina en Internet, Trevor se extrañó de que no hubiera muerto de hipotermia.

Por supuesto, en la redacción discutimos la posibilidad de que se tratara de otro individuo mudo, desamparado, como aquel joven que hacía un par de años había aparecido de la nada en la playa: no hablaba, tenía la cara de un chiquillo de seis años y luego tocaba muy bien el piano y alguien encontró una manera muy sofisticada para comunicarse con él, algo así como en *Encuentros en la tercera fase*, cuando llegaron los marcianos a la Tierra. O aquel otro muchacho que fue encontrado en un bosque en Alemania, completamente desorientado. También parecía un extraterrestre al principio.

—*Fakes* —dijo Pauline al montón de noticias sobre estos casos que estaba yo mirando en la cama. Todos ellos eran unos estafadores, incluso aquellos de los que los medios hablaban con cautela o preferían no hablar en absoluto. Aparecer de la nada en algún lugar y permanecer en silencio con aire de misterio se había convertido en una moda entre mentecatos que no sabían cómo llamar mejor la atención.

En la redacción no eran tan estrictos. El *Eastbourne Standard* no había tenido una noticia con tanto gancho en los últimos cinco años. Por eso Trevor se metió ahí y me llevó consigo, así mataba dos pájaros de un tiro.

Llegamos a la comisaría, enseñamos nuestras acreditaciones de prensa y esperamos a que llegara el agente Dunn, que era el encargado de atendernos. Nunca antes le había dado la mano a un policía británico, nunca antes había tenido a uno tan cerca. Era

alto y corpulento, y olía al desodorante que yo usaba en el instituto. (La cosmética es auténticamente supranacional y la Unión Europea no es en ella más que una pequeña parcela de tierra). Charlaba con bastante jovialidad con Trevor, a quien conocía; mientras que a mí me dio un apretón de manos que me hizo crujir hasta la muñeca. Dejó caer el comentario de que a la joven del bañador amarillo, «recogida» esa mañana en la playa, la habían dejado en la celda porque, por un lado, había intentado irse de repente, y también porque podría ser una inmigrante de Europa del Este. Tuve la sensación de que, de alguna forma, le había dado una particular entonación a ese comentario y lo había dirigido más hacia mí que hacia Trevor. Quise responderle algo..., y no se me ocurrió nada. Me dije que debía ser neutral, pero me resultaba complicado. Pues si no me gustaban los policías en Chequia, en Inglaterra no iba a ser diferente. Hay un algo que los hace turbadoramente parecidos.

La chica no había pronunciado ni una sola palabra desde el momento en que llegaron a por ella en la playa. Tenía la mirada perdida con casi ninguna expresión, quizá solo con un ligero desasosiego, y una cicatriz superficial en la frente. De vez en cuando soltaba un tenue gimoteo, como de un perro con años, bien educado, pero cada vez más asustado. En cualquier caso, seguía sin hablar y ni siquiera estaba claro si llegaba a escuchar las preguntas que no dejaban de hacerle.

Trevor estaba encantado con ella. El *Standard* de Eastbourne había encontrado a su estrella para llenar páginas en verano, cuando no hay nada de qué hablar.

Pero estoy volviendo a adelantarme.

Caminaba tras la espalda del agente Dunn, comprimida dentro de su rígido uniforme negro con olor a almidón, a lavandería y también al desodorante ese, y tras el —solo un poco menor— dorso de Trevor Mason, mi colega en la redacción, al que le gustaba vestirse con unos pantalones marrones de pana y una chaqueta verde añeja. Lo que no es importante, o al menos no lo sería en otra situación, pero me viene siempre esa imagen a la mente: dos

tipos me llevaban por el pasillo de una comisaría, lo que era bastante deprimente, y después la vi.

Dunn nos insistió en que no nos iba a encerrar con ella, pero debíamos tener cuidado porque la muchacha no podía escaparse antes de que viniera alguien de su familia (después ya sería cosa de ellos si le sucediera algo), y ese era el problema: no se sabía de dónde era ni si tenía familia y dónde, ya que nadie se había presentado aún para preguntar por ella. Cuando abrió la reja, hizo repiquetear las llaves justo como los carceleros de las películas.

En cuanto Trevor la vio, se giró hacia mí y me guiñó un ojo. Entonces la vi yo también.

—¿Podemos grabar o, al menos, hacer fotos? —pregunté y saqué de mi bolsa una tableta.

—Inténtenlo y les haré un sitio aquí en la celda de al lado —serio Dunn. No tenía derecho a hacer tal cosa, pero apreciábamos que los policías nos hubieran dejado ver a la chica, por eso volví a guardar la tableta.

Trevor me guiñó un ojo de nuevo, yo no supe por qué. Miré alrededor. Hasta entonces había pensado que las celdas de las comisarías disponían, por lo menos, de un espacio privado con un lavabo y un retrete. Pero allí no había nada de eso. El espacio era de unos tres por cuatro metros, lindaba por un lado con una pared blanca y por el otro con una jaula similar a aquella en la que nos encontrábamos. Tres de las paredes eran de rejas. Frente a la puerta había un sencillo banco con una tabla pintada de rojo y patas metálicas atornilladas al suelo. Nada más.

El banco y la chica. Estaba sentada con la espalda recostada a la pared y los hombros caídos, aunque tensos. De ellos le caía una manta que, quizá, ni se había dado cuenta de que tenía. Bajo esta resplandecía el bañador amarillo, el cual quedaba completamente eclipsado por la piel de la muchacha. Como si en su cuerpo, bajo la manta, ardiera una energía oculta, incomprensible; y eso a pesar de que tenía la cara pálida, camuflada bajo una leve capa de sal marina desigualmente sedimentada y, ahora, seca.

—Ha podido lavarse, pero no ha querido —encogió los hombros Dunn—. Una compañera ha estado con ella en el servicio, pero ella lo único que hizo fue ponerse delante del espejo y fingir que no se veía. Yo diría que está actuando, ¿no les parece?

No me atreví a acercarme a más de tres pasos. La chica apretó los dientes y parecía que a cada momento podría dar un salto y, en un arrebato, arrojarse sobre nosotros. Trevor se inclinó sobre ella, pasó la mano por delante de sus ojos y, como no reaccionaba, se sentó tan cerca que casi se tocaban los cuerpos. Dio un respingo.

Trevor soltó una carcajada.

—Desprende mucho calor. Ha tenido que calentar el mar unos buenos cinco grados.

Con las manos en la barriga, apretando las rodillas contra su cuerpo y la manta sobre la espalda, estaba sentada como una nadadora profesional que espera la señal para subir al podio de salida. No reposaba las plantas de los pies en el suelo, sino que se apoyaba solo de puntillas y con los dedos, manteniendo los tobillos levemente arqueados.

Trevor le habló, ya con la grabadora encendida, y el agente anotaba algo en una libreta. Me di cuenta de que tenía mis manos en la misma posición que ella, inconscientemente había encorvado la espalda y me había puesto de puntillas.

Sonreí, me relajé y sacudí las manos. En ese momento me lanzó una rápida mirada y volvió a fijar su vista, petrificada, al frente. O puede que solo me lo pareciera.

Me decidí. Fui, me puse en cuclillas delante de ella y examiné de cerca su cara. Vi la antigüedad en su rostro; no había visto nunca uno tan bello, con esa estructura clásica. Me palpitaba el corazón como si me fuera a dar un infarto.

Lo digo así para acordarme y no repetirme ridículamente después. Porque, a pesar de que tenía la piel reseca por el agua salada del mar y el viento de la mañana, los granitos de sal brillaban bajo la luz de los tubos fluorescentes y los que tenía en las pestañas y en las cejas parecían maquillaje, o cristallitos

de colores y piedras preciosas puestos en una escultura por su creador. Ojos castaños protegidos por pestañas castañas, de un centímetro de largo como mínimo, y sobre ellas unas largas cejas pelirrojas, rodeado todo de una piel dorada propia del dios Apolo. La chica tenía un aspecto más varonil de lo que uno querría reconocer, pero eso no le quitaba feminidad, más que una joven inglesa parecía un auriga de un ánfora griega. De no haber irradiado tanta salud, habría pensado más bien que tenía hepatitis de lo morena que estaba, pero bajo el moreno salía su color dorado natural y, no obstante, pálido de agotamiento. Tenía los ojos casi alargados y grandes. La piel con marcas de pecas. Tras los labios resquebrajados, unos dientes blancos que ocultaban un oscuro silencio. Las comisuras de su boca seca y alargada tiraban levemente hacia arriba, aunque no sonriera. Y sobre esta, una nariz respingona perfecta que crecía directamente desde la frente. Una nariz demasiado significativa, demasiado peloponesia para pertenecer a alguna jovencita del lugar.

Su aspecto exótico era la causa principal por la que los policías temían que hubiera llegado a la playa una inmigrante ilegal.

Con mano temblorosa le quise poner bien la manta sobre los hombros, pero solo conseguí (un acto fallido freudiano a un nivel no verbal) que se le deslizara por la espalda y cayera al suelo detrás del banco. Me pareció oír a Dunn soltar un desagradable chasquido y a Trevor comentar que iba demasiado rápido, justo antes de sentarme con cuidado a su derecha y, con la cabeza inclinada hacia su hombro con aroma a sal, seguir examinándola desde la inmediata cercanía. Tenía el pelo corto, pero se le levantaba en la coronilla y sobresalía un poco por detrás sobre el cuello.

En ese momento no sabía nada más de ella que lo que había visto y, sin embargo, ya tenía la verdad al alcance en alguna parte. Quizá podía ser de veras un buen periodista, quién sabe. Pero entonces no debería haberme dejado embelesar así por una mujer joven que, sin duda, era como todas las demás, pero yo en ella veía un prodigio, si no una diosa. Y no le importaban todas las miradas curiosas. Como si estuviera acostumbrada.

Dunn y Trevor se estaban riendo de algo. Mi cerebro reprodujo lo que mis oídos habían grabado un momento antes, un comentario muy poco policial de Dunn en el sentido de que debería encontrar alguna chica en Inglaterra, aunque, en su opinión, no iba a resultar tarea fácil, ya que eso funcionaba al revés: los ingleses sucumbían ante las checas, pero no las inglesas ante los checos.

Con una mueca, y asegurando que no quería decir nada contra los checos o contra la Unión Europea, dijo, en resumidas cuentas, que los hombres checos no gustaban a las inglesas. Sobre esa cuestión mi experiencia era distinta, pero en presencia de esa bella muchacha, totalmente impasible, no tenía ningunas ganas de responderle. Y entonces el imbécil de Trevor informó a Dunn, a quien no incumbía el asunto en absoluto, que el señor don Juan Vrba (con el apellido pronunciado como la palabra inglesa *verb*, con la típica «semivocal» en medio y luego con la «a» al final) ya tenía una novia inglesa, que incluso había venido a buscarlo a la redacción, que era bastante aceptable y con quien, si todo salía bien, su joven becario se casaría y se convertiría —después de un tiempo, por supuesto— en un dichoso súbdito de la reina de Inglaterra.

Levanté la voz, pero no conseguí nada porque un *shut up* depende de la entonación que se le dé y a alguien tan sinvergüenza como Trevor todo el mundo se lo gritaba varias veces al día en la redacción. No me sorprendía que lo hubieran puesto a cargo de los becarios extranjeros, así podían librarse de él por un momento al menos.

El agente me felicitó con una expresión avinagrada en su cara carnosa y se aseguró de que hubiera dejado mi pasaporte en la oficina de la entrada para que pudieran investigarme.

Le pregunté si podía traerle un vaso de agua a la chica. Dijo que se lo habían ofrecido ya tres veces ese día, pero que ella, evidentemente, no entendía el inglés. En ese instante, Trevor nos interrumpió levantando el brazo y nosotros primero lo miramos a él y después seguimos la dirección de sus ojos hacia ella.

La chica ya no estaba mirando a la reja, sino que tenía sus peculiares y alargados ojos marrones clavados en mí. En contraste con su cabello rubio natural, que se levantaba sobre su cabeza como el casco de un guerrero, sus ojos parecían inadecuadamente oscuros.

Ahora los tenía enfocados. Ni el agente ni el periodista osaron moverse. Yo tampoco, pero les envidiaba que vieran su cabeza rubia desde un lado y que pudieran incluso mirar más abajo y examinar su cuerpo mientras yo era cautivo de esos ojos.

Siempre sin decir nada; era como una niña adulta a la que algo le llama la atención y no puede dejar de mirarlo. Levanté la mano despacio, como si le apartara un velo de la cara. Movié la cabeza y parpadeó, sin dejar de mirarme. Como si estuviera extrañada; como si, despacio, estuviera reconociendo a alguien. Alguien de un pasado lejano.

—Háblele —susurró el policía y sus palabras se me metieron hasta por la nariz; sentí el olor de las patatas fritas con sabor a ternera y cebolla—. Suelte algo. No reacciona ante nadie más. Ni ante el sargento Avery.

Pero eso seguro que lo escuchó, porque al ser pronunciado el nombre del sargento dio un respingo y encorvó aún más los hombros.

—¿El sargento Avery intentó interrogarla?

—Sí, se quedó en el intento.

—Pues aquí tiene la prueba de que entiende inglés.

—Puede que tenga razón.

—Hola —intenté suavemente—. ¿Sabes dónde estás? ¿Sabes cómo te llamas? —De nuevo parpadeó—. Yo me llamo Karel. Vrba es mi apellido. Un nombre un poco exótico, ¿verdad? Soy extranjero. Checo.

Su cara se movía menos que la de una fotografía, así que seguí intentándolo.

—¿Sabes dónde está Chequia?

Nada.

—Aquí hay ingleses, estás en Inglaterra, así que no tengas miedo de nada. Además, en una comisaría... Pero tranquila, no

estás detenida. Sí, él es policía. El agente Dunn. Y este es Trevor Mason, un periodista del diario local *Eastbourne Standard*. Va a escribir sobre ti... ¿No quieres decir algo?

Ninguna reacción. O sí. Puede que girara un poco la cabeza.

—Sigue hablando —me incitó Trevor y con tono un poco molesto añadió—: Se traga todo lo que le cuentas.

—Karel Vrba. ¿Has escuchado alguna vez un nombre así? A lo mejor lo podría traducir. En inglés sería Charles Willow, ja, ja. ¿Es un nombre normal en Inglaterra? Pero si lo traducimos por su sonido, el apellido sería como vuestra palabra para *verbo*. Y nada. Tengo veintisiete años y estoy aquí haciendo unas prácticas por un año. Ya me queda poco, tengo que volver a mi país. ¿Y tú? ¿Estudias en alguna parte? ¿Dónde vives? Puede que...

—Es suficiente —me interrumpió Dunn—. Buen intento, pero parece que no te escucha. ¿Será sorda?

Como si lo hubiera escuchado, la chica bajó la mirada al suelo y siguió sentada en la misma postura que cuando llegamos.

—Esto me recuerda a esos otros casos mediáticos —observó Trevor—. Aquel pianista, el chico del bosque, etcétera. Todos aquellos impostores que querían llamar la atención.

—¿Pero en qué? —la defendí, aunque yo también tenía mis sospechas en ese momento de que la chica estuviera fingiendo.

—Poco a poco irá acordándose —dijo con seguridad el agente Dunn y enderezó la espalda de tal forma que le crujió—. Será interesante para la televisión por un rato, su foto dará la vuelta al mundo. ¿Qué le parece, Trevor?

—Yo también lo veo más o menos así, agente. ¿Y qué te parece a ti, señorita? ¿No quieres terminar con esta comedia?

La chica, inmóvil, miraba al vacío.

Y entonces se movió. Puede que solo me lo pareciera, pero lo tuvo que ver también Trevor: sus hombros se estremecieron claramente. Los dos nos agachamos para coger la manta de debajo del banco y la tapamos con cuidado. Dunn nos dijo que fuéramos a firmar el parte de la visita y que después nos podríamos ir a escribir el artículo.

Lo dijo en tono burlón. Mientras cerraba la celda, Trevor me comentó que Dunn solo leía el supersensacionalista *The Sun*. Dijo en voz alta:

—Espero, agente, que le guste el artículo. Mencionaremos varias veces la gran ayuda que ha prestado a la prensa. La sociedad tiene derecho a la información, ¿verdad?

Dunn gruñó algo. Puede que fuera algo como: «Tú prueba a mencionar mi nombre, idiota», pero puede que me engañara el oído.

Y así nos marchamos. La dejamos allí. Por supuesto, pregunté —no lo pude evitar— cómo lo hacía para ir al baño y cosas de ese tipo, y Dunn masculló que alguna compañera seguro que la llevaba al servicio, si es que la muchacha no decía nada o directamente no se lo hacía en el bañador. Me permití señalar que no deberíamos usar en el artículo esa respuesta, ya que no dejaría al agente en muy buen lugar. Dunn se puso todo rojo y nos dijo que si lo grabábamos sin su consentimiento, se quejaría de nosotros al *Standard* y ya no nos llamaría para ningún caso interesante. Trevor se puso a discutirle eso, y casi llegaron a pelearse. Aseveraba que teníamos derecho a publicar todo aquello de lo que nos hubiéramos enterado, nos lo permitiera el sargento Avery o no; y que si, efectivamente, era Avery el que decidía sobre nuestra presencia en ese u otro caso, que él no se asignara competencias que no le correspondían. El agente se quedó un buen rato en silencio y después dijo, con los dientes apretados, que la policía había tratado correctamente a la chica desde el principio, y si se demostrara que era extranjera, nada cambiaría al respecto. Pero, añadió en tono de reproche, si íbamos a amenazar con publicar cada comentario inocente que se le escapara, se vería afectada la amabilidad de la policía hacia la prensa. Trevor le sacó la lengua a sus espaldas e hizo un gesto obsceno. A mí todo eso me resultaba ridículo e innecesario; había una chica de la que teníamos que averiguar su identidad y, en lugar de eso, nos peleábamos por nimiedades.

Dunn nos llevó de nuevo al mostrador, levantó el teléfono y estuvo hablando un buen rato sin decir más que un par de

palabras. Después nos informó en tono triunfal que, si bien no había conseguido hablar con el sargento, daba igual, porque el permiso para la publicación del reportaje —y su aprobación— la debía otorgar el comandante de todo Eastbourne, y este, como Dunn acababa de saber, había dejado dicho que primero quería interrogar él mismo a la muchacha, o al menos hablar con ella, o al menos verla, si iba a seguir en su ensimismamiento.

Miré a Trevor y él me miró a mí.

—¿De verdad eso es lo que ha dicho el jefe de policía?

—Eso exactamente.

—Eso va a tardar muchísimo —objeté—. Si hasta entonces no vamos a poder publicar nada, ¿para qué nos han invitado a venir?

Dunn puso cara de que eso ya era el colmo del descaro y que se le estaba agotando la paciencia con nosotros.

Trevor me dio un tirón de la manga:

—Vamos.

Al salir por la puerta de la comisaría, se encendió ávido un cigarrillo. Más grande que el marbete violeta de Silk Cut, sobre la caja blanca se leía la inscripción SMOKING KILLS, dentro de un recuadro. Para no pedirle un cigarrillo miré hacia otro lado. El viento del mar me espabiló un poco, pero seguía teniendo en la cabeza la cajetilla, así como la cara áurea de la chica enmarcada en su cabello rubio.

—Te lo has tomado muy a pecho —se rio Trevor y volvió a llenarse de nicotina y otras porquerías del cigarrillo, que no cesaba de acortarse—. ¿Puede que te hayas enamorado de esa nadadora? ¿Y a Pauline que la zurzan por demasiado inglesa y poco exótica? El artículo debería ir también sobre ti, estás hecho un periodista zonzo.

El estado de guardia para respuestas ingeniosas requiere de energía y a mí en aquel momento no me quedaba casi ninguna.

—¿Vas a esperar al permiso? —pregunté, impaciente.

Se echó a reír de nuevo, tiró al suelo la colilla sin terminar de fumársela y, como si quisiera que lo atropellaran, salió corriendo

para ponerse delante de un taxi que se aproximaba. En el coche pasé a palabras todo lo que habíamos visto en la comisaría y empecé a teclear en la tableta. Antes de llegar a la redacción ya tenía la entradilla y las cinco primeras frases del primer párrafo. Lamenté en voz alta no haber podido fotografiar a la chica.

Trevor estiró el brazo y movió la mano delante de mis ojos. Tenía algo en ella. Lo cogí. Ahora en la palma de mi mano había una pequeña cámara de fotos que ni de longitud ni de altura ni de profundidad medía más de tres centímetros. Plástico de calidad, acero noble y lente de cristal, fabricada en Alemania. Reconocí el botón de disparo, el objetivo y dos ranuras; una, seguramente, de una entrada de USB, y en la otra había una microtarjeta. Cuando encerré esa cosita entre mis dedos, aún podía verse algo así como un dado negro grande. Pero había que concentrarse para darse cuenta y el agente Dunn no era un policía que destacara por su sagacidad; de lo contrario, a su edad, ya hubiera tenido un rango más alto.

—¿De verdad has hecho fotos? —me aseguré.

—Unas veinte. De ese viejo imbécil también; no descubriría mi cámara de fotos de *paparazzi* ni aunque le pidiera que dijese patata.

—¿Tú cámara de fotos nos convierte en *paparazzi*?

—Puedes estar seguro, que lo disfrutes. —En la boca ya tenía otro cigarrillo, pero hasta que no bajamos del taxi no lo encendió—. Mañana —añadió— volverás a escribir sobre cuánta ropa ha reunido la colecta de la agrupación de la Iglesia anglicana de Eastbourne para los pobres y cuántas libras desaparecieron misteriosamente del cepillo.

El artículo, como dije antes, lo habíamos empezado a escribir en el taxi y si la ciudad no hubiera sido tan pequeña, lo podría haber enviado por correo electrónico perfectamente antes de llegar. Lo terminamos después en la redacción, en solo media hora, y pasamos las fotos al grafista para que las retocara. Teníamos la noticia principal de la edición de la «tarde» ya subida a Internet antes de las dos y toda la redacción tenía claro que difícilmente podrían superarla en toda la temporada.

EASTBOURNE TIENE SU «PIANISTA»,  
PERO ¿TOCARÁ PARA NOSOTROS?

Esta mañana ha sido encontrada en la playa, cerca del malecón, una joven que, según todos los indicios, llegó a la orilla desde el mar.

A pesar de que la muchacha se mantiene en silencio y que, aparentemente, no es capaz de comunicarse ni a través de un ordenador o del teclado de un piano, el misterio recuerda al del «pianista» Andreas Grassl. Grassl paseaba en el año 2005 por la playa de Sheerness en el condado de Kent y se negaba a comunicarse de otra forma que no fuera con un piano o con dibujos hechos a mano.

La mujer se encuentra internada provisionalmente en una dependencia de la policía local sin especificar; podría tratarse de una inmigrante ilegal. Desde el momento en que fue vista por primera vez en aguas del Canal Inglés, después de las nueve de la mañana, no ha bebido ni comido nada, por lo que es posible que tengan que serle suministrados líquidos y nutrientes por vía intravenosa.

La misteriosa desconocida seguramente querrá volver a su hogar, allá donde se encuentre. ¿La conoce alguno de nuestros lectores? Pedimos disculpas por la baja calidad de la fotografía hecha en la celda de la policía. (La imagen en la playa fue realizada por Anthony Newman, de Londres, a quien damos las gracias encarecidamente y enviamos un cheque de 50 £ en servicios ofrecidos por nuestros socios). Pueden enviar sus respuestas, ideas y comentarios a la dirección *www.eastbourne-standard.com*.

Firmaba ese desastre Trevor Mason, «con la contribución de Karel Vrba».

Las fotos eran tan malas que no respondió nadie durante el primer día. En el segundo, ya por la mañana, llegaron quince respuestas e hipótesis; pero, tras ser investigadas por la policía, todas

demonstraron ser erróneas. El oficial que fue encargado del asunto realizó fotografías oficiales de la chica y pidió ayuda a la ciudadanía. Después recogieron la noticia algunos grandes diarios y comenzaron a interesarse en investigar sobre la misteriosa nadadora. Llegó gente de la televisión. La BBC tituló su reportaje: *She Who Swam Ashore* (La que nadó en tierra).

Pero los acontecimientos comenzaron a desarrollarse más deprisa de lo que unos periodistas de provincias como nosotros podíamos imaginar.